

Estética del desarraigo en la ciudad nómada

Juan Carlos Pérgolis*

1- En la calle están mis desarraigos, mis deseos nómadas y mis pérdidas, quizás mi lado más oscuro

Camino por la carrera Séptima hacia la avenida Jiménez; a mis espaldas queda la Plaza de Bolívar iluminada con los últimos reflejos de su ya oculto sol anaranjado. Comienzan a encenderse las luces en las vitrinas de los negocios, la gente camina muy rápido hacia la Décima en busca de transportes, también yo camino rápido aunque sin un destino prefijado. No quiero pensar en la plaza que está a mis espaldas, pero la imagino solitaria, con sus farolas encendidas y con las fachadas iluminadas con la luz rasante que cambia todos los relieves.

Alguna vez definí a la plaza como el lugar de la ciudad y me interné en su historia y en su significado urbano, ahora quisiera hacer lo mismo con la calle, que es el espacio para los recorridos y así como me metí en las emociones del ámbito quieto de la Plaza de Bolívar, debería meterme en el dinamismo de la Carrera Séptima, la antigua Calle Mayor, el primer nexo de Bogotá con el mundo. Por eso quiero intentar, en este texto, un homenaje a la calle y, si a través de la plaza que es el símbolo del arraigo, de lo establecido y de la ciudad tradicional pude exteriorizar mis aspectos sedentarios y mis afectos por el lugar, la calle me permitirá una mirada a mis deseos nómadas, a mis desarraigos y a mis pérdidas, todo aquello de lo que muchas veces temo hablar, porque sé que allí están mis inseguridades.

Inestable, móvil, ocasional, múltiple, efímera, fragmentada, monótona, simultánea, son todos adjetivos que califican a la ciudad actual y que hubiera sido impensado utilizarlos para ese mismo fin, hace apenas unos años, cuando ciudad y estabilidad eran palabras afines. Curiosamente, la ciudad que hoy es territorio de nomadismos diversos nació como lugar para los hombres sedentarios.

Ahora estoy solo entre los rezagados de la marea humana que baja a la Carrera Décima: allá van los últimos empleados de algún banco que demoró el encaje y las últimas vendedoras del almacén que hoy cerró más tarde; detrás de ellos comienzan a aparecer los habitantes de la

noche.

Recolectores de cartón, recicladores de basuras, carritos de todo tipo se deslizan, ruidosos, sobre sus rodamientos o balineras: mal envuelto en plásticos viejos, el puesto de cigarrillos y dulces va a guardarse en quien sabe qué zaguán; pasa una altísima torre de cartones temblorosos que amenazan caer en cualquier momento; a gran velocidad y con el pelo volando como flechas horizontales, una muchachita empuja su carro como si fuera una patineta en alocada carrera. Un grupo parchado en la esquina de la calle Diecinueve se levanta para emigrar en busca de un nuevo lugar donde ubicarse, donde parchar, seguramente van hacia el norte, hacia la 82. La ciudad de los desplazamientos pendulares desaparece y nace la ciudad de los nómadas, de las tribus urbanas, la más arbitraria de todas las ciudades que se superponen en Bogotá.

Porque la ciudad tiene dos identidades, como las dos caras de un mismo billete, una está dada por las estabilidades, la seguridad y los movimientos recurrentes, la otra es la ciudad del desarraigo, de las tribus, de los otros, esa temida contraparte de lo establecido, de lo arraigado. Una es la ciudad de la plaza, la otra es la de las calles. Cuando pienso en el futuro de Bogotá, veo la segunda: la ciudad enorme, fragmentada y dispersa, contexto de ciudadanías diferentes, nómadas y desarraigadas, de multiplicidad cultural y simultaneidad, cada día más desligada de cualquier espacio formal, más cercana al concepto de viaje que al de estación, más cercana al nómada que al sedentario.

Con este pensamiento concluí el texto sobre la plaza principal de nuestra ciudad y lo llamé Estación Plaza de Bolívar con la intención de significar que la plaza es un lugar, un destino, una estación adonde detenerse, no sólo el sitio fundacional de la ciudad sino también el lugar por donde comienzan a tejerse los arraigos. Aún no sé como llamar a esta otra mirada que estoy iniciando, porque si la plaza fue el símbolo de la ciudad de las estabilidades, la calle expresa la ciudad del desarraigo, la ciudad futura, móvil, inestable y nómada, esa que ocupa todo el territorio colombiano, porque la ciudad es destino y es deseo, es imaginario y filtro de todas las instancias cotidianas del modo de vida nacional.

En esta ciudad inédita suponemos conductas, comportamientos, uso de los espacios; intuimos la forma de esos espacios en el contexto de la fragmentación actual, pero no conocemos ni la forma significativa de los mismos, ni la práctica que se

* Arquitecto, director Maestría en Urbanismo, Universidad Nacional de Colombia.

desarrolla con esos significantes; Julia Kristeva¹ propone el concepto de práctica significativa en cuya definición reúne el modo de producción de signos con el deseo. Esta articulación con el psicoanálisis exige una nueva visión de la ciudad y una nueva semiótica, ya no de la forma sino del deseo por la forma. Hoy la ciudad no es un objeto de análisis ajeno: es una parte nuestra, de nuestros deseos y como tal es posible analizarla a partir de nosotros mismos, exteriorizándola. El sujeto -a través del deseo- es parte activa en cualquier proceso social. Por debajo de todo este texto se desliza una pregunta: ¿las cosas son lo que significan o son lo que deseamos? Para entender a la nueva ciudad, debemos mirar un corpus heterogéneo de objetos culturales, fragmentos arbitrarios que juegan sobre estructuras inestables: a la ciudad del nómada, del pasajero, del acontecimiento efímero y de la extensión homogénea e indeterminada no podemos acercarnos a través del pensamiento rígido.

Entonces entiendo el concepto de simulacro que define Baudrillard²: el gesto que reproduce una realidad con el objetivo de fascinar, ante la no-ciudad dejemos que el gesto nos fascine, no importa que tan vacío sea ese gesto; ante la falta de signo encantémonos con las presencias. La ciudad de la plaza fue la ciudad de los signos y esta otra, la de las calles, es precisamente, la ciudad de las presencias, de los seres y las situaciones casi intangibles, efímeras, de los signos arbitrarios.

Queda muy poca gente en la carrera Séptima, algunos indigentes amontonan papeles, trapos y pedazos de plástico en la puerta de un iluminado almacén de ropa de hombre, allí pasarán la noche; de pronto una multitud que se desparrama en silencio sale del teatro Jorge Eliécer Gaitán, caminan, apurados, en busca de los automóviles que dejaron en un estacionamiento cercano.

Reconozco a un hombre que está sentado en el suelo, junto a la baranda de cemento del puente que cruza sobre la calle 26; lo vi por primera vez en el Parque de los Mártires; era un ser inmóvil y raído, en ese momento pensé que no tendría tiempo ni espacio; ahora me parece fuera de lugar, ya no me atrevería a decir que es un ser sin espacio, porque su lugar es aquel donde lo conocí, junto a la reja del parque. En aquella ocasión caminábamos por la noche bogotana con un grupo de estudiantes, queríamos recorrer la ciudad del desarraigo.

¹ Julia Kristeva, "Práctica significativa y modo de producción" (1975), en *Travesía de los signos*, Madrid, Aurora, 1985, pág.13.

² Jean Baudrillard, "A la sombra de las mayorías silenciosas" (1978) en *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1981, pág.119.

Ante él nos preguntamos quién o quiénes serían los pasajeros de la noche: ¿nosotros en nuestro recorrido o este ser inmóvil que mira pasar la vida desde el vacío del desarraigo?

Siguiendo las palabras de Kristeva, quiero sacar la calle fuera de mí, no quiero sentirla como una emoción y así como en otro momento saqué a la plaza, ámbito de permanencias, para verme a mí mismo en ese lugar, ahora intento objetivar el espacio de recorrido para reconocerlo, para construir su realidad, porque el signo de algo, señala Kristeva³, es la huella de la ausencia de ese algo en el propio cuerpo. La calle y yo, o quizás: yo y la calle; para conocer lo real es necesario objetivarlo. Signo y deseo se confunden en esa definición de Kristeva que evidencia que en todo signo subyace un deseo. Recién ahora y desde este punto de vista, puedo entender la amplitud de aquel concepto de Morris⁴ que dice que un signo es un indicio de algo que nos induce a asumir un comportamiento o a cumplir una acción en ausencia del objeto estimulador.

Me mueve el deseo de la calle, la libertad del desarraigo. ¿Cuál calle?, me pregunto. ¿Todas las calles que he recorrido?, ¿alguna en especial, algún recuerdo de mi niñez?. Cuando hablé de las plazas pude sintetizar todas las plazas que pasaron por mí (o yo por ellas) en el signo que configura la Plaza de Bolívar de Bogotá. Pero con las calles no ocurre lo mismo, son canales, tensiones por donde la vida pasa sin detenerse; la calle no es un lugar. El deseo del nómada no es el punto de destino, es el desplazamiento. "Cuando vayas a Itaca, pide que el camino sea largo y rico en aventuras y conocimientos (...) A Itaca debes el maravilloso viaje, sin ella no habrías emprendido el camino", escribió el poeta Cavafis⁵. En el recorrido del nómada de la noche bogotana no hay Itacas, no hay un destino deseado, solamente hay camino.

Ahora atravieso el Centro Internacional, ese espacio que el urbanismo moderno construyó junto al borde del centro en los años cincuenta: allí están el primer hotel internacional que tuvo la ciudad y las altísimas torres de oficinas apoyadas sobre un piso artificial bajo el cual se ocultan varios niveles de estacionamiento; pero entre las torres hay lugares, hay plazoletas, sitios de encuentro y

las calles interiores son corredores colmados de comercios, porque la ciudad moderna, expresión de la utopía del siglo XX, fue territorio de arraigos.

En medio de la noche bogotana, anverso de la ciudad estable, culmino la travesía por el Centro Internacional y nuevamente me rodea la ciudad tradicional con sus manzanas de casas y edificios pegados unos a otros; atrás quedó la utopía de la modernidad con sus espacios ideales para la vida, también ideal, del urbanismo moderno.

En la Avenida Caracas hay grupos de mariachis con sombreros y guitarrones esperando clientes para serenatas; unos pocos estudiantes nocturnos esperan algún rezagado bus que los lleve a sus casas, o que por lo menos los aleje del ambiente inseguro de la avenida; los recidadores revuelven desordenadamente la basura y apilan los cartones en temblorosas torres sobre sus carritos. Hay mucha gente en la calle, pero los nómadas urbanos no son masa sino individualidad múltiple. El flujo (que es la vida) de la ciudad se sostiene a partir de la distancia de sus habitantes. El anonimato urbano está dado por la falta de relación y la ciudad nómada se nutre de la distancia.

Pero esta ciudad es irreal porque la realidad existe en la medida de nuestras pasiones y en la ciudad de la noche no hay pasiones, sus personajes se mueven sin entusiasmo en espacios ajenos, en lugares que fueron pensados para otros usos en la ciudad diurna, estable, arraigada, en el otro lado de esta ciudad nómada. También yo camino hacia el paradero de transportes, busco seguridad en la compañía del grupo de estudiantes que aún espera.

Desde la ventanilla del bus miro el simulacro-representación-fascinación que habita en mi inconsciente y por ello antecede a la ciudad-realidad. ¿Pero, en que calle me exteriorizo: en la real o en la simulada? Hay una sola ciudad, la del mapa que llevo en el inconsciente, también hay una sola plaza, la de mis arraigos, la síntesis de todas las plazas que hubo en mi vida. Pero calles hay muchas y entre todas conforman mi recorrido, mi pasar. No hay una calle-imagen materna ocupando el vacío de mi deseo e impidiéndome ver lo nuevo en las otras calles, porque la calle es solamente un momento, un instante, tan efímero como lo es el recorrido cuando no se lleva un destino deseado. Cambiemos, entonces, lo real por los signos de lo real, que es la conclusión a la que llega Baudrillard⁶. ¿La plaza es la realidad y la calle es

³ Julia Kristeva "Lo Vreal", en *Seminario Verdad y verosimilitud* del texto psicótico, hospital de la Ciudad Universitaria, París, 1976-77.

⁴ Charles Morris, *Fundamento de la teoría de los signos* (1971), Paídos comunicaciones.

⁵ Constantino Cavafis "Itaca" (1991) en *C.P. Cavafis. Poemas* Barcelona, Paídos-Comunicaciones, 1985.

⁶ Jean Baudrillard, "La precesión de los simulacros" en *Cultura y...*, pág. 11.

solamente un signo de esa realidad? No lo sé, a la plaza se concurre, por la calle se pasa; entre ambas intenciones media un abismo.

Bajo del bus en la esquina del parque y camino hacia mi casa. El parque, que en la mañana es territorio de deportistas y vecinos con perros labradores, ahora es ocupado por familias de recicladores que seleccionan y acomodan los cartones, las telas, las botellas; en el fondo de un carrito de balineras duerme un niño, otros dos, un poco más grandes juegan a hacer gimnasia en los pasamanos y en las barras que durante el día utilizan los deportistas. -Vengan a ayudar, carajo, grita la madre.

Quisiera decir que la ciudad nómada encierra, en la inestabilidad de sus manifestaciones nocturnas, una estética imposible, porque ciudad y nómada siempre fueron palabras antagónicas; pero también podría afirmar que es una estética de la libertad, cuando toda la ciudad deviene casa para los habitantes de la noche. Finalmente digo que es una estética que se expresa en lo arbitrario, en lo circunstancial, porque Bogotá nómada es una creación a partir de la ciudad arraigada, de la cual toma los espacios y le da otros usos. Bogotá nocturna, anverso, mutación de la Bogotá diurna, en su constante presente no tiene futuro ni pasado, ni planes, ni historia. En la ciudad nómada, en la ciudad del desarraigo no importan las formas sino los sucesos y estos existen solamente mientras están ocurriendo; son apenas acciones, tan efímeras y desarraigadas de cualquier lugar como los gerundios que las expresan.

En esa ciudad no puede haber jerarquías ni formas significantes; la ciudad de los sucesos es la ciudad-red, sin principio ni fin, rizoma de aquella urbanística que nació en la plaza, origen de todas nuestras ciudades. Una Bogotá enorme y homogénea, una textura de acontecimientos que apenas tienen relación entre sí. ¿Cómo me relaciono con esta ciudad sin significantes, conformada solamente por flujos, tensiones y vacíos? Aquí, ¿cómo se producen los signos?, ¿cómo se articula el deseo? Tal vez, si pudiera comprender el sentido de la calle -y no su significado- y me mirara a mí mismo a través de ella, en mi lado más oscuro, el de los desarraigos y los desamores, accedería al conocimiento de la otra ciudad, la del laberinto, la de las infinitas entradas y salidas; la de la estética del caos, que expresa otro orden: el orden de lo imprevisible, de lo efímero, de los puntos de fuga hacia destinos impensados.

2- En los medios está mi realidad, porque solamente allí puedo escoger con absoluta libertad

“...hay muchas y entre todas”

Hoy la ciudad aparece como un simulacro en el interior de los fragmentos que la conforman: la calle tradicional intenta repetirse en los centros comerciales y surgen remedos de plazas "públicas" en los conjuntos cerrados de viviendas. El exterior urbano es solamente una red de flujos: ya no hay referencias entre los espacios que pasan de una virtualidad exterior a otra interior; en realidad, ambos espacios son simulaciones y el vacío interior de los fragmentos, al cual el simulacro no puede dar sentido, se tiene que llenar con la información de los medios⁷.

En el interior de los fragmentos habita el televidente, el interactuante en red, fascinado con la información, con la informática, con el drama ajeno de las telenovelas, con el sexo sin riesgos y con las audaces amistades que puede lograr en la red: ése personaje es el nómada por excelencia, el navegante. Todo llega y todo se superpone en el fragmento-destino de los flujos, que es el fragmento-nodo de todas las redes.

Enciendo el televisor: un talk-show nacional repite el esquema del programa-paradigma de Miami aunque mediatizado con rasgos locales; los canales de cable muestran las otras réplicas del mismo modelo en otros lugares del mundo; entre ellos sólo se diferencian por el acento de los participantes y de las presentadoras; en todos se ventilan -sin pudores, casi con orgullo-, situaciones íntimas muy parecidas, pero el drama que relata el participante en una ciudad puede tener respuesta en cualquiera de las otras: la doliente problemática personal trasciende la identidad de los lugares.

Finalmente, me lanzo, nómada, a recorrer el mundo a través del zapping; quiero anclar en alguna película pero no lo logro, mi inestabilidad va más allá de la oferta de los canales. Escojo el tema de una película en el ambiente de la otra, pero prefiero las respuestas de una tercera; sólo miro imágenes de ningún lugar e imagino los acontecimientos. Cada tanto me detengo en algún noticiero: desde Atlanta muestran a Bogotá, ésta ciudad que está del otro lado de mi ventana. Accidente aéreo en Buenos Aires, matanzas en Timor Oriental y en un pueblo muy cercano, aquí, a pocos kilómetros de mi televisor; fashion en Medellín y en Roma.

Alguna vez Nietzsche señaló que el mundo verdadero, al final, se convierte en una fábula⁸, esa frase profética hoy se concreta en los comportamientos arbitrariamente fragmentarios de la sociedad de los

media que habita la ciudad también fragmentada y que en palabras de Vattimo se basa en la oscilación, en la pluralidad y en la erosión del propio "principio de realidad"⁹: la sociedad transparente, en la que la masa busca más la fascinación que la producción de sentido, porque ante la fascinación que ejercen los medios no hay significantes ni significados válidos y si los hubiera, no coincidirían en la conformación de algún signo.

Deambulo sin destino entre la multiplicidad de canales de televisión que me trae el cable, no acepto ninguno, porque cualquiera de ellos me mostraría una realidad: los signos del mundo tangible a través de algún noticiero o de un recorrido por un exótico rincón del planeta. Kristeva¹⁰ sugiere que la neurosis opera por desaprobación del deseo o del significante, pero también observa que la psicosis procede por desaprobación de la realidad, por ello, el comportamiento psicótico exige a los significantes ser reales para ser verdaderos. No pido realidad a mi significante-síntesis, resultado del zapping; por el contrario, sólo intento construir a través de él, una realidad alternativa. ¿Vamos hacia un mundo de televidentes-nómadas-neuróticos o simplemente nos dejamos envolver por el deseo de una estética de lo efímero, de lo transitorio, de lo que se ve desde el recorrido?

Me muevo entre los canales, los recorro con la libertad que siento cuando me deslizo de costado sobre un piso muy encerado. Voy a la deriva¹¹, no entre signos como ocurre en la ciudad sino entre imágenes que me empujan hacia impensados puntos de fuga. Pero la deriva sugiere un destino arbitrario y yo, en medio del zapping, 'no tengo destino, apenas tengo múltiples imágenes momentáneas, fragmentos que no pretenden constituir ninguna totalidad. Rectifico lo dicho: no voy a la deriva, me muevo en la arbitrariedad.

Detengo el control remoto un instante en M-TV. Beavis y Butthead personajes dibujados, viven solos, no se les conoce familia ni amigos; son preadolescentes desarraigados que buscan referencias en los acontecimientos de la ciudad o en la virtualidad de los medios; sus vidas son una sucesión de fragmentos apenas conectados con el mundo por algún suceso efímero, tampoco aquí hay ninguna pretensión de totalidad; la imagen de los personajes se pierde en medio de los

⁷ Baudrillard, "La precesión..." Págs. 58-ss.

⁸ Federico Nietzsche, El crepúsculo de los ídolos, Medellín, Bedout, 1972, Pág.23.

⁹ Gianni Vattimo, La sociedad transparente (1989), Barcelona, Paidós, 1994, Págs.133-ss.

¹⁰ Kristeva, LoVreal...

¹¹ Si un móvil se desplaza desde el punto A hacia el B y una fuerza ajena a su marcha lo desvía hacia el punto C, llamamos deriva al ángulo formado entre las rectas A-B y B-C.

video-clips, cada uno como un ejercicio dezapping en sí mismo. Miro una vez más un video de Marilyn Manson; entiendo que la estética del horror se basa en el vacío, porque no hay nada más temible que la falta de referentes, sin contexto ni lugar, sin ambiente, sin sexo, sin identidad.

Paso un instante a un canal de animación y me meto en la geometría de las formas que se mueven. Más allá, los niños Fischer Price de South Park señalan referencias urbanas (la escuela, el autobús, la alcaldesa) en el continuo blanco nevado de su pueblo también Fischer Price. En ese mundo de groserías y lenguaje provocador hay otra realidad, en ella se mezcla la vida cotidiana con los personajes inaccesibles que pueblan los medios: actrices de Hollywood, deportistas famosos, políticos y estadistas de cualquier lugar del mundo, Sadam Hussein y el Papa. El territorio ya no antecede al mapa, dice Baudrillard⁷ y agrega: la simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, sino que es la generación por modelos de algo real, sin origen ni realidad; lo llama hiperreal: una síntesis de modelos combinatorios en un espacio sin atmósfera, el vacío de la pantalla.

Regreso a los canales nacionales, regionales, de la ciudad. Parece que hubiera habido un acuerdo por el cual, después de cierta hora, sólo se muestran debates, discusiones. El acceso a los medios, que hoy tienen los sectores independientes de opinión, los grupos radicalizados, los grupos de poder económico, los sectores marginales, las élites culturales, las minorías y, en general, los otros, muestran que ya no podemos hablar de una realidad única, una historia oficial o una cultura oficial sino de múltiples imágenes propuestas desde diversos puntos de vista. Escojo algunas y las incorporo a mi historia; también, a través de ellas, defino rasgos de mi cultura. Los medios me permiten ser individuo en la multitud.

La travesía del zapping por los canales de televisión me lleva más allá de los significantes, abre el camino de . las transversalidades, de las fugas hacia lejanos puntos, de las derivadas, que al igual que en matemáticas, nos invitan a resbalar por la tangente en algún punto de la curva. Asumo mi papel de nodo en la red, en múltiples redes.

Michel Serres⁸ confronta transversalidad a verticalidad, para ejemplificar la falta de jerarquías en la estructura de las redes. La red comunica, es liviana,

etérea, volátil, no significa por la forma sino que adquiere sentido o no-sentido a través de su práctica significativa y en ella prima el deseo, no la forma. Son hilos y nudos: vectores y nodos, porque la red se teje a través de la práctica y ésta es el juego entre el modo de producción de signos y el deseo. Pero otra característica de la red, es la posibilidad de establecer múltiples conexiones; por ello, una red está continuamente haciéndose, es un origen que explota en multiplicidades que diluyen el punto de principio. Como refiere Deleuze, a propósito de la idea de rizoma, la unidad se sustrae y sólo así, sin unidad, lo uno forma parte de lo múltiple.

Los medios, que me permiten jugar al simulacro de ser individuo en la multitud, destruyen mi unidad y me convierten en un nodo de las redes, un punto más que recibe y emite, un conector entre fuerzas de una totalidad indefinida, móvil, en constante transformación. Navegante nómada en un mar sin forma; navegante en la información soy información yo también.

3- En la ciudad nómada no hay historia, sólo hay relatos de acontecimientos

Marc Auge¹⁴ identifica dos tipos de espacios: los lugares y los no-lugares; a los primeros los define como espacios de identidad, de encuentro con el otro e históricos, es decir, son los lugares de la memoria. Los no-lugares corresponden a espacios transitorios y solitarios, de permanencia efímera, donde lo único que puede ayudar a referendarios es el acontecimiento que allí ocurra.

Leo este comentario de Auge y pienso que en el país hay cerca de dos millones de personas desplazadas de sus lugares de origen, deambulando por el territorio nacional con el pensamiento de una ciudad-destino más imaginada que real, más idealizada que posible, armando y desarmando ciudades efímeras cada noche, donde detienen su marcha.

Me pregunto cómo es esa imagen de ciudad que conforman durante su nómada peregrinar. ¿Cuál es el imaginario urbano, la expectativa de vida que alimenta el desplazamiento de esa multitud de personas en Colombia? ¿Existe una ciudad-destino o se trata de un destino-ciudad que los obliga a una existencia nómada y desarraigada en la ciudad de los arraigos?

Por más antagónicos que sean los lugares, por lejos que cada uno esté de su lugar de origen y por mucho

⁷ Baudrillard, "La precesión...", Pág.9.

⁸ Michel Serres, vitos, (1994), Madrid, Cátedra, 1995.

¹⁴ Marc Auge, Los no-lugares, espacios para el anonimato. Una antropología sobremodernidad, Barcelona, Gedisa, 1993.

que haya cambiado el entorno de la vida diaria, siempre existirán similitudes, nexos evidentes o escondidos, que unan los relatos de cada uno de los espacios donde se desarrolló y se desarrolla la existencia, porque el proceso vital del ser humano es continuo, acumula recuerdos, atesora significados y aún sin darse cuenta, repite relatos para reforzar sentidos. La memoria es redundante, dice Italo Calvino, repite los signos para que la ciudad comience a existir¹⁵.

La vida urbana en Colombia, a fines del siglo XX, está presente en todo el territorio nacional, mucho más allá de los grandes centros y a través de las más impensadas manifestaciones. Por eso, para comprender la ciudad de hoy hay que mirar una red, o una superposición de redes, una multiplicidad de situaciones, rasgos, acontecimientos, objetivos y estructuras formales que conforman la cultura y la vida colombiana.

Hoy, más que nunca, el otro es el coprotagonista, porque hoy nada -ni nadie- queda por fuera de la vida urbana en esta ciudad nómada, efímera, ocasional, fragmentada, donde la historia parece reducirse al plano de la simultaneidad, pero ¿cómo es la historia de los sucesos que mañana nadie recordará? La historia oficial necesita estabildades para que las permanencias que produce tengan un adecuado marco de referencias.

Pero en la ciudad de los nómadas el desarraigo impide esa historia.

BIBLIOGRAFÍA

Auge, Marc, Los no lugares. Espacios del anonimato. Una Antropología de la sobremodernidad, Barcelona, Gedisa, 1993.
Baudrillard, Jean, Cultura y simulacro, Barcelona, Kairós, 1981.
Calvino, Italo, las ciudades invisibles, Buenos Aires, Minotauro, 1974.
Cavafis, Costantino, Poemas, Barcelona, Seix Barral, 1996.
Deleuze, Gilles y Félix Guattari, Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, Valencia, Pretextos, 1988.
Nietzsche, Federico, El crepúsculo de los ídolos, Medellín, Bedout, 1972, Serres, Michel, Atlas, Madrid, Cátedra, 1994.
"El mensajero", en Estructuralismo, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969.
Kristeva, Julia, La travesía de los signos, Madrid, Aurora, 1985.
"lo Vreal", en Seminario Verdad y verosimilitud del texto psicótico, Paris.
Hospital de la Ciudad Universitaria, 1976-77.
Semiótica 1, Madrid, Espiral, 1978.
Vattimo, Gianni, La sociedad transparente, Barcelona, Paidós, 1994.

¹⁵ Italo Calvino, Las ciudades *invisibles*, Buenos Aires, Minotauro, 1974.